
Nombre: Naiara del Caño López

Clase: B-51

Año: 2024-2025

Categoría: C (Bachillerato), Narrativa

Lengua: Castellano

Pájaros de Barro

Fue un sábado cuarenta de mayo de 1940 cuando a las cuatro y cuarenta, a Javier Olivo el Sol le opacó la vista. No le dio pena, ni miedo, ni rabia, porque, la mañana anterior, el amor le había agrietado el corazón y las sábanas hecho trizas la piel.

Javier Olivo, aunque quiso apellidarse Oliva, llegó tarde a la ceremonia del martes y trece y, a las veinte y dos minutos de un lunes treinta de febrero, le tocó convertirse en fruto en vez de frutera.

El turno de mañana le agobiaba, pues veía como el pasar del tiempo le apedreaba los oídos con el llanto que hacían las ruedas de los carros al pasar. Y es que, aunque lo evitara, Javier Olivo no era más que un hombre al cual el hambre del saber jamás le había llegado.

La infancia del señor Olivo la constituyeron dos árboles secos y un diente de ajo partido. El temor jamás le dio miedo y el dolor, solo le dio eso, dolor.

A Javier Olivo, la libertad no le daba más que la sensación de ser vigilado por el dedo acusador de quien, alguna vez, lo llamó papá. Tuvo la mala suerte de que a los quince, la pasión de descubrir que alguien lo confundió con Oliva le hiciese estallar el corazón. El error que produjo tenía dientes y ojos y piernas. Pero él jamás las vio corretear pues, en su casa, no le habían enseñado que pese a ser Olivo también era un hombre.

Lo llamaron Javier porque su padre se llamaba Mateo y su abuelo, José. Y, aunque el nombre que le habían puesto le sonaba a impuesto, no tuvo más remedio que callar.

Javier quiso ser valiente una vez y vestirse de mujer para almorzar, pero el tiempo se le echó encima y, pese a querer ser Javiera, la fantasía le borró la “a” de las pupilas y, sin saberlo, se quedó sin nombre ni mejilla que poner al darle la negativa a su padre al responder.

Pobre Javier, exclamaba Lucía, al enterarse de que al del Cuarto B, la felicidad se le había escapado de casa. El aire, en vez de darle oxígeno, le daba silencio y eso, a Javier Olivo, le daba más miedo que su propio reflejo.

Ante él, la gran inmensa mayoría de veces, en cambio de ver a un hombre hecho y derecho, veía, irremediabilmente, a un sujeto de plumas de barro y cemento que, pese a querer volar, solo cayó.